

B. A.

EL TALLER DE ESCRITORES

LA Universidad de Concepción ha mantenido siempre una cordial relación con los escritores nacionales. Las páginas de la revista ATENEA han recogido sus múltiples expresiones creadoras; el Servicio de Extensión Cultural les ha llamado para dictar conferencias u ocupar el aula de las Escuelas de Temporada; haciéndose esta relación más evidente en los dos Encuentros de Escritores Nacionales, verificados en 1958.

Por lo tanto, no fue extraño, aunque sí lindando con lo increíble, que el señor Rector, don David Stitchkin, con la aquiescencia del Directorio de la Universidad, prestara su más decidido apoyo a una iniciativa del novelista Fernando Alegría, en orden a crear, como función universitaria, un Taller de Escritores. “El Taller de Escritores —ha dicho al señor Rector— no es para nosotros un concepto extraño injertado en la vida de la Universidad. No es una tarea accesoria, no es una flor de invernadero que se exhiba placentemente para demostrar que también la Universidad se preocupa de la literatura. No; para nosotros es función natural, propia y consubstancial de la misión universitaria. De manera que el Taller de Escritores es para la Universidad de Concepción una tarea propia, como puede ser cualquiera otra que inquiete el espíritu del hombre, y que pueda volcarse, mostrarse o revelarse dentro de las aulas de esta Universidad. queda así explicado por qué la Universidad de Concepción creó el Taller de Escritores, y por qué creará muchas otras cosas que, en el concepto del hombre de la calle, un tanto perdido en el tráfago de los autobuses, resulten extrañas a la acción universitaria, en circunstancias que, para nosotros, son consubstanciales a esta tarea, a esta misión, a esta función”.

Animado por este generoso estímulo, el director, Fernando Ale-

gría, llamó a concurso a los escritores para llenar las diez plazas de becarios del Taller. "Los escritores jóvenes respondieron con entusiasmo— ha recordado Alegría. Recibimos sesenta y cuatro solicitudes para llenar las diez becas que la Universidad de Concepción ofrecía. Las solicitudes llegaron de todas partes de Chile. Algunas fueron dignas de ser guardadas en marco como documentos del espíritu heroico de nuestro pueblo, de la fe que le lleva a sobreponerse a todas las vicisitudes y catástrofes, de la mirada visionaria y el talento creador con que pesan las circunstancias dramáticas de nuestro tiempo... Tuve en mis manos solicitudes de obreros, comerciantes, miembros de las fuerzas armadas, alumnos de universidad y liceo. Suficientes solicitudes para tres, qué digo, para cinco talleres. Por todo Chile hay un hálito creador que desea manifestarse en versos, en novelas, en dramas, en ensayos. No se trata necesariamente de una ambición por explotar profesionalmente la literatura, sino, en muchos casos, de conquistar el medio de expresión para decir lo que el país es y necesita, lo que el hombre es y puede darle".

El cuerpo directivo de este Primer Taller estuvo compuesto por los siguientes escritores: Fernando Alegría, director y asesor de novela; Braulio Arenas, coordinador general; Gonzalo Rojas, asesor de poesía; Sergio Vodanovic, asesor de teatro, y Alfredo Lefebvre, asesor de ensayo.

En recuerdo de aquel grupo de escritores chilenos que, hacia 1916, ejerciera tan notable influencia en la literatura nacional, se acordó designar al Taller de la Universidad de Concepción con el nombre de "Los Diez".

Resultaron elegidos los siguientes concursantes: Nicomedes Guzmán, Enrique Lihn, Manuel San Martín, Cristián Huneeus (novela); Miguel Arteche, Pablo Guíñez (poesía); Jorge Teillier, Mario Ferrero (ensayo); Manuel Ravanal y José Chesta (teatro).

El Taller empezó sus tareas en octubre de 1960 y las terminó en enero de 1961.

A todos los escritores se les exigía la asistencia a dos reuniones semanales (el viernes por la tarde y el sábado por la mañana) en una oficina cedida por la Universidad en los altos de la Biblioteca.

El mecanismo de dichas reuniones obligaba a los escritores a leer los manuscritos de sus obras en preparación, los que eran criticados por el resto de sus colegas, por los asesores y por los escritores visitantes. "La Universidad está profundamente reconocida de la labor desarrollada por los miembros del Taller —ha expresado don David

Stitchkin. Especialmente tengo que mencionar a Fernando Alegría. El tomó a su cargo esta responsabilidad —mucho más grave de lo que parece a simple vista—, la de manejar y dirigir el Taller. La responsabilidad era grave, y será siempre grave una tarea de este género, si se observa, a través de la exposición que acaba de hacer Fernando, la variedad de actitudes humanas, de estilos, de pensamientos, de los miembros del Taller. Y más grave si se observa que el Taller iba a descansar necesariamente en la actitud crítica frente a los ensayos o trabajos de cada uno de los escritores. Conciliar la crítica con la armonía en el trabajo cotidiano, con el afecto auténtico, no el que se expresa a través de una sonrisa forzada, sino a través de una sonrisa que nace espontáneamente del fondo del alma, conciliar esa parte ingrata de la crítica con esa parte grata de la convivencia sana, exige cualidades especialísimas que ha llenado sobradamente Fernando Alegría. Pero hay, además, otra responsabilidad. La primera era —y ha quedado dicho— la de llevar en este pequeño barco a un grupo heterogéneo de pasajeros. Y logró su empresa con un éxito muy superior a todo el que pudiera haberse esperado. Pero, tenía otra tarea, otra responsabilidad: la de que el Taller de Escritores fuera realmente fructífero. Si en el primer aspecto podían caber dudas, en el segundo las dudas eran muy grandes. ¿Cuál sería la conducta de los becados frente a esta experiencia? ¿Trabajarían de veras? ¿Tomarían o no tomarían en serio las críticas? ¿Mirarían esto como la posibilidad de pasar tres o cuatro meses de turismo en una ciudad? ¿O considerarían su labor seriamente, con el propósito de fortalecerse cada uno dentro de su línea estética y de creación? La respuesta está dada a través de la exposición que acaba de hacer Fernando Alegría, exposición que yo quiero destacar, porque me ha sorprendido. Me ha sorprendido porque, bajo la apariencia fina y amable de pintura descriptiva de actitudes, de temperamentos, de rostros, de presencias, tiene el rigor de la rendición de cuentas de una empresa comercial. Tiene la severidad del balance de un Banco y, burla burlando, haciéndonos sonreír constantemente, reír de vez en cuando, ha calado —con respecto a cada uno de los miembros del Taller— no sólo en lo que ellos tenían de bueno, sino con respecto a lo que cada uno de ellos ha ido adquiriendo a través de estos cuatro meses de trabajo. De manera que si Fernando Alegría salvó con elegancia extraordinaria —y elegancia se requiere— la primera parte de su tarea, que era la de mantener el afecto, la cordialidad, la convivencia dentro del grupo, la segunda parte de su tarea, la más difícil, la de poder exponer un resultado satisfactorio al término de estos cuatro meses, la ha logrado

de una manera tan cabal y tan completa, que merece el reconocimiento de la Universidad”.

Las críticas a los trabajos leídos por los miembros del Taller en las sesiones se han orientado hacia el estilo y el tema de ellos, y, por mucho que en algunas sesiones se alcanzara el rojo vivo, siempre el espíritu de grupo triunfaba por encima de cualquiera antojadiza interpretación.

Asimismo, la variedad de los géneros —poesía, novela, teatro y ensayo— ha permitido a los escritores de los dos Talleres incursionar críticamente fuera de su propia especialidad, para interesarse por otras manifestaciones creadoras.

A las reuniones del primer Taller concurren algunos escritores invitados, entre los que podemos señalar a Manuel Rojas (quien obsequió el manuscrito de *Punta de rieles* para el archivo del Taller), Raúl Silva Castro, Luis Merino Reyes, Fernando Debesa, Daniel Belmar, Hernán Poblete Varas, Enrique Bello, quienes también participaron activamente en los debates.

Los becarios concurren a dos lecturas públicas de sus trabajos, en los Auditorios de la Escuela de Educación y de la Escuela de Leyes de la Universidad; participaron en programas culturales de la Radio universitaria; y, en ocasiones, colaboraron en la prensa penquista.

El interés que las actividades del Taller despertó en diversos círculos del país y del extranjero, se manifestó concretamente en la asistencia económica de la Rockefeller Foundation para las tareas del Segundo Taller.

A la convocatoria de este nuevo Taller acudieron 65 concursantes, resultando seleccionados: Guillermo Atías, Luis Domínguez, Luis Villiamy, Andrés Pizarro (novela); Efraín Barquero, Edmundo Herrera (poesía); Pedro Lastra, Jaime Valdivieso (ensayo); Juan Guzmán Améstica y Raúl Ruiz (teatro). Fue incorporada, además, la señora Verónica Cereceda, profesora del Teatro de la Universidad de Concepción, quien solicitó la asesoría del Taller para terminar una obra.

Se amplió asimismo la duración del Taller, de cuatro a nueve meses (mayo de 1961 a enero de 1962), manteniéndose las dos sesiones semanales, en la mañana y en la tarde de los días sábados, y, algunas veces, sesionando además el día domingo.

El cuerpo directivo de este Segundo Taller quedó constituido de la siguiente manera: Fernando Alegría, director; Sergio Vodanovic, subdirector y asesor de teatro; Braulio Arenas, coordinador general;

Gonzalo Rojas, asesor de poesía; Hernán del Solar, asesor de novela, y Juan Loveluck, asesor de ensayo.

Además de sus actividades específicas en Concepción, el Taller ha tenido reuniones públicas en Santiago, Valparaíso y Chillán, sin olvidar la presentación por el canal de televisión de la Universidad de Chile.

Esta es, a grandes rasgos, la labor cumplida por el Taller de Escritores "Los Diez" en sus dos años de existencia, labor que creemos de evidente beneficio para las letras nacionales, como lo han atestiguado las más autorizadas opiniones.

*

* * *

Queremos presentar a continuación a algunos de los escritores de los dos Talleres en sus obras realizadas durante su permanencia en Concepción. Esta, como se comprenderá, es sólo una pequeña muestra, pues el espacio restringido de que disponemos no nos permite entregar los trabajos de creación de cada uno de ellos.